

Adonaya Jódar Cortés

“Me llevaría a los políticos a la salida del culto: no puedes hacer un plan de algo que no conoces”



FOTO: Teresa Rodríguez

SARAY MARQUÉS

Adonaya contra el estereotipo. Así podríamos titular la entrevista. A esta joven de 24 años le quedan las prácticas y el proyecto de fin de grado para convertirse en maestra de Primaria. Es atea, vive con su pareja y no piensa en tener niños aún. Solía llevar la melena hasta la cintura, pero una enfermedad que le acaba de asaltar, la artritis reumatoide, le ha obligado a prescindir de ella –“Era eso o tener a mi novio o a mis hermanos peinandome”–. Aunque disfruta viendo a sus hermanos Juan y Gabriel tocando la guitarra, el cajón o cantando, ella ni canta ni baila ni toca las palmas. Y, sin embargo, Adonaya, que heredó el nombre de su madre (como ella, es Manuela, pero en versión caló), reivindica su *gitaneidad*.

Milita en Aire Nuevo Caló, una especie de nuevas generaciones de la Fundación Secretariado Gitano (FSG), y cuando nos recibe en el centro en el que ha hecho las prácticas y que se ha transformado casi en su segunda casa, el CEIP Meseta de Orcasitas, lamenta haberse olvidado, hoy que toca foto, de la pulsera con la bandera de su pueblo que siempre luce.

Adonaya representa a una nueva generación de gitanos, invisibles todavía para las estadísticas.

¿Ha dicho usted muchas veces aquello de “Yo soy gitana, y a mucha honra”?

Antes no. Yo soy de San Roque, en Cádiz, y el nivel de discriminación no es ni por asomo el de Madrid. Allí a lo mejor escuchabas un chiste de gitanos y te reías, no

sentías que iba en tu contra. Al venir aquí lo notas, te remueve por dentro y te sale. Yo no tengo la apariencia típica de gitana, de ojos grandes y negros, pelo negro... Y más de una vez me ha pasado que han hablado mal de los gitanos delante de mí. Me ocurrió en el Metro: entró un grupo y la señora de al lado me empezó a comentar “Los gitanos, siempre liándola...”. Y yo: “Sí, señora...”, pero cuando ya me suelta: “No se puede, con los gitanos estos”, le respondo: “Perdone, señora, yo soy gitana”. Y ella: “Hija, tú eres diferente”. Yo no soy diferente, y si estás generalizando, yo estoy dentro. En la siguiente parada me bajé.

Con grupos de amigos de la Universidad también ha salido el: “Yo soy gitana, y a mucha honra”, en plan más broma que otra cosa. Y si alguien me dice que ha visto algunos *realities* sobre gitanos que yo creo que hacen mucho daño a la etnia, lo llevo mal. Son programas que nos presentan: “Están entre nosotros... Lo estamos viendo...”. ¿Qué somos? ¿Espectros de la noche? Yo les digo: “Eso, vosotros encima dadle audiencia...”.

Sostiene que no es diferente, pero un poco distinta sí es: solo cerca de un 2% de los gitanos llega a la Universidad en nuestro país, según las aproximaciones disponibles.

En esto también Andalucía marca la diferencia, porque tiene el índice más alto de España. En mi familia no soy la primera ni la última. Empezó mi tía, que es trabajadora social, cuando todavía vivía mi abuelo, hace 30 años. Mi tío, el pequeño de siete hermanos, es ingeniero informático, se sacó el trabajo de fin

de grado con matrícula, es un *crack*... Y él ha estudiado tanto que todas mis tías nos están diciendo: “Tenéis que ser como vuestro tío”. Y tengo a mi prima Ana, que es periodista, otra que estudia Pedagogía, un primo que estudia Historia del Arte, otro que ha estudiado un Grado Superior de Informática y acaba de presentar una aplicación para móviles...

Y fuera de Andalucía, en la asociación Aire Nuevo Caló, tenemos maestros de Primaria, periodistas con máster en Internacional... Todos de menos de 30. Ainhoa, con 30, es nuestra abuela. Es trabajadora social, y ella es una de las que se tenía que esconder los libros de la Universidad cuando llegaba a su barrio. Su abuela le decía: “Niña, escóndete los libros, que no te los vean”, porque no quería que los hombres gitanos la rechazaran solo porque estuviera estudiando.

¿Sigue habiendo machismo?

Habrán familias que tendrán machismo y familias que no. En la mía no lo hay. Los niños friegan los platos. Y mi padre, que es madrileño, fue quien me animó a venir a 700 kilómetros, cinco horas de tren, a los 20 años. Con tal de que saliera del pueblo, de que no me quedara *encerrá* en el boquete, como decimos nosotros, me dijo: “Venga”. Y me cogieron (en la Universidad Rey Juan Carlos). Se hartaron de llorar, pero aquí estoy. Cuatro años ya.

¿Qué le debe a la educación que le han dado sus padres?

Todo. Ellos me lo han dado todo sin tener estudios ni tener nada. Se han esfor-

zado desde el principio. Ella, que es camarera de piso en Gibraltar y solo estudió hasta 8º de EGB, siempre me ha dicho: “Te vas a ver como yo como no estudies”. Y para ella el poder decir: “Mi niña es maestra”... Se lo dice a todo el mundo.

Y mi padre... En casa había muchos cojines de colores y él ya antes de entrar en la guardería me había enseñado los colores. Me compró el alfabeto parlanchín y yo en preescolar de 3 años ya me sabía el abecedario. Que, claro, los profesores les decían a mis padres que no fueran tan rápido, que yo luego en clase me aburría... Yo siempre he sido “demasiado espabilá”, como me dice él; él que tuvo que ir a San Roque sin nada, porque mi madre no se adaptaba a Madrid, y que tuvo que aceptar un trabajo del Ayuntamiento que no quería nadie, de sepulturero. Allí se tiró más de 10 años, hasta que tuvo un problema en la espalda y lo pusieron de conserje de la biblioteca.

A usted lo que le cuentan ellos, que vivieron en una época en que todavía había coles para niños gitanos, le sonará muy lejano...

Sí, yo no he vivido el hecho de las chabolas y nunca me ha faltado nada. Tampoco he visto a los gitanos escolarizados en una escuela especial, como si fueran extraterrestres. Es cierto que hemos avanzado bastante rápido, pero porque somos personas normales y queremos sentirnos como normales. Gracias a eso y a que el Estado dijo: “Da igual que seáis gitanos, aquí se tiene que ir al colegio”, y a que se empieza a ver que si no tienes estudios no tienes futuro...

Mi padre sí ha vivido en chabolas, aquí, en Orcasur... Y tampoco nos pilla tan lejos. Tenemos Cañada Real. Es tan fácil como darse una vuelta por Madrid. Tú vas por la M-40, por la M-50, la A-3 de Valencia, sobre todo, y mires donde mires hay chabolas, pero, claro, es más fácil mirar para otro lado. Yo estuve en la Cañada seis meses con la FSG, dentro del programa de La Caixa Proinfancia, dando clases de apoyo a los niños por las tardes. Al principio vas un poco a ver qué te encuentras. Y son niños maravillosos, que te adoran nada más llegar, que tienen una falta de cariño notable y adoran a todo el que llega. Niños que te dan sus buenos días y sus buenas tardes, que sacan sus deberes y los hacen, que se tiran pellizcos por debajo de la mesa, porque son niños... Niños. No hay más.

¿Cómo fue su paso por la escuela y el instituto?

Tanto en el cole como en el instituto había un alto porcentaje de alumnos gitanos, como en mi pueblo, pero es que en Andalucía no nos diferenciamos entre gitanos y no, porque como el andaluz ya te da el morenito, el pelo negro, el acento... que es lo que se estereotipa como gitano... Eran centros normales, muy neutros, que trataban a todos igual, sin discriminación ni ninguna actuación especial de inclusión.

En el Gabriel Arenas estudié desde los 3 años hasta 6º, y recuerdo con cariño a Rosalía, mi ñeño de 1º a 4º. Con ella aprendí todo: a leer, a escribir... Te ponía a ayudar a los demás, a hacer los deberes... Yo era esa, la que ayudaba con los deberes, la que corregía mientras la ñeña corregía a otro compañero...

Del Instituto me acuerdo de Miguel, mi profesor de Matemáticas de 2º de Bachillerato. Yo había sido un poco negada para las mates, y cuando llegué a 2º con este profe fue increíble. Iba por los pasillos y te preguntaba cosas al azar, como si fuera un juego. Y si te veía que en clase habías estado perdida te llevaba por las tardes a

casa con un grupito para reforzar. Lo peor es que los jueves, que salíamos de fiesta, se venía con nosotros y a medianoche te decía "¿Cuál es la raíz de no sé qué?". Y yo, que llevaba las Matemáticas suspensas de 1º, en 2º tengo un sobresaliente, un 9,7 en Selectividad. Este es un profesor de enmarcarlo, también como persona. Para muchos de nosotros fue importante.

Y entonces, quizá por esos referentes, decide usted ser maestra...

Mi madre dice que ella ya en la guardería sabía que iba a ser profesora. Yo veía a un niño llorar y le cuidaba. Pero no me decidí hasta después de Selectividad. Iba a hacer un Grado Superior de Administrativo, porque si lo piensas tiene más salidas que una carrera. Y mi madre, pobrecita, se moría de la pena...

¿Ha estado la carrera a la altura de sus expectativas?

Te aburre mucho. En las prácticas te vienes arriba, porque sí son lo que te esperabas. Obviamente, no nos van a gustar a todos todas las asignaturas, pero la he visto mucho "sota, caballo, y rey", muy: "Esto es lo que hay", "A los niños se les enseñan así las matemáticas y así es como las tienes que enseñar". Te aprendes muy bien el currículo de Primaria, muchas unidades didácticas, pero no deja mucho lugar a la imaginación. Estás en un colegio con niños en edad de inventar, de crecer, de aprender con juegos... Los niños aprenden de ellos mismos. Cuando llegas a una clase y les ves debatir... En la carrera te dicen: "Eso es inviable con niños de esa edad". Ves a niños debatiendo -usando sus palabras y sus formas-, pero que se saben expresar, y dices: "¡Olé!". Creo que a los niños hay que darles otras opciones, decirles: "Si no queréis por aquí, tenemos esto, vamos a aprender de otra manera, jugando, tocando...". No es libro y papel, libro y papel, y me lo tengo que saber de memoria, porque si no soy nadie en la vida.

¿Salvaría alguna asignatura o algún profe?

De asignaturas, atención a la diversidad, que te enseña que en una clase quizá tengas un niño en silla de ruedas, una niña ciega... y te hace pensar qué hacer, cómo trabajar para que se sienta uno más, para evitar caer en el: "Vamos a ir al patio; no, tú no puedes...".

De profesores, recuerdo a Albert, que estaba de apoyo en la Línea de la Concepción [estudió dos años en la Escuela de Magisterio Virgen de Europa, adscrita a la UCA, antes de cambiarse a la Universidad Rey Juan Carlos, en Madrid]. Él tenía un proyecto de clase muy de salir, de "vamos a innovar", a hacer un diario de campo... Era muy buen profe, siempre pensé que a los demás les daba como un poco de envidia: "Es que a este los niños le quieren...". Tuvimos que hacer un trabajo y el mío fue sobre las minorías gitanas, en un colegio en el que estos niños eran rechazados, con actividades para que se incluyeran en el grupo sin que los demás se dieran cuenta, de un modo muy sutil. Nos puso muy buena nota...

¿Qué le parecen las ayudas para que más gitanos lleguen a la Universidad, tienen que seguir existiendo?

Creo que, por desgracia, sí. Hay muchas familias que no tienen el dinero y las niñas piensan: "No, no puedo irme a estudiar, tengo que ayudar a mi madre...". pero si te dan una beca ya te lo piensas. Es mi caso, he tenido la beca del Estado el primer año. Te la dan al aprobar la Selectividad y te cubre la matrícula. También por la FSG, todos los años, salvo el último, que la solicitaron mis hermanos. Es una ayuda de unos 200 o 300 euros para material o transporte.

¿Ya sabe sobre qué será su trabajo de fin de grado?

Sobre inclusión de la cultura gitana en el currículo de Primaria. Es este tema desde que empecé la carrera. Si la cultura gitana estuviera en el currículo nos aho-

rraríamos millones de explicaciones innecesarias. ¿Sabes de dónde vengo? ¿Lo que hago? ¿Mis costumbres? Hubiera sido para mucha gente muy importante... Me imagino al niño llegando a casa y diciendo: "¿Sabías que los gitanos venimos de...?". Y la madre: "Qué bien que te enseñen eso en el cole". Yo tuve la suerte de tener a mi tía, que es muy activista de los derechos del pueblo gitano, que venía al cole a darnos charlas y nos dejaba unos cuadernillos para niños, con un diccionario..., y como yo siempre he sido tan cansina, ahí descubrí mis raíces. No sé todavía cómo enfocaré el trabajo ni dónde quiero llegar, pero meteré de dónde venimos, por qué estamos aquí, qué significa ser nómadas, que por esto mismo no puedes generalizar... Se podrían hacer muchas actividades: Gitano por un día, ¿qué es ser gitano? Para mí, es sentirlo.

¿Qué consejos le daría al MECD para futuros planes sobre alumnado gitano?

Me llevaría a los políticos a la salida del culto, que están los niños jugando, los padres y las madres charlando... Que se fumen allí un cigarrillo, que los vean. No puedes hacer un plan de algo que no conoces. Ese es el problema, no nos conocen.

Dice al culto, pero usted es atea...

Sí, aunque a mi madre le cuesta asumirlo. Y mis padres son católicos, no evangelistas. Mi casa no es muy de religiones... Y para mí la religión es un problema en todos los sentidos. Pero si en los colegios se trabajaran un poquito más las culturas religiosas, todas, mejoraría la inclusión de todos los alumnos. Tenemos alumnos gitanos, árabes, chinos, y cada uno tiene sus costumbres y religiones y... ¿Qué pasa, que si no da Religión Católica se tiene que ir a una sala a jugar al parchís? O al menos ese era mi caso... No creo que esa sea la mejor forma. Pero yo no puedo opinar mucho porque yo soy atea.

¿Qué papel cree que ha jugado el asociacionismo gitano?

Creo que nos hace mucho bien, porque cuando te unes, te haces más fuerte. Hay personas que no quieren hacer nada porque dicen: "Yo con esto no puedo", pero, ya en conjunto, dicen: "Ah, entre todos sí podemos". ¿Qué pasa también? Que se habla mucho de que si esto no se hace... Es como todo, tiene sus pros y sus contras, pero creo que ayudan a mucha gente. ¿Que se podría hacer más? También ¿Que se podría hacer mejor? Pues vale. Pero se va mejorando poco a poco. Ha habido algún incidente últimamente, pero es la opinión de una persona... Si le preguntas a 20, quizá lo opinen tres. Normalmente los que van así no te escuchan. Solo dicen: "Otros ladrones que se gastan el dinero, así es la política". Generalizamos siempre. Que un político robe no significa que todos roben...

¿Votará el 26-J?

Sí, por supuesto. A pesar de lo quemados que nos tienen los políticos, creo que la solución no es pasar del tema, sino votar y poder influir, o intentar mejorar esta situación y el futuro de las próximas generaciones. Yo soy pro-voto. Si no votamos, no podemos esperar que las cosas cambien. ●



FOTO: Teresa Rodríguez